

# DISCURSO

4DD 986.10202

PRONUNCIADO

POR EL DOCTOR JESUS PALAU,

*Maximiliano de la Cruz, 1834 - 1918*

EN LA CIUDAD DE SANTANDER,

ESTADO SOBERANO DEL CAUCA,

EL DÍA 20 DE JULIO DE 1884.



BOGOTÁ.

IMPRESA DE MEDARDO RIVAS.

1884.

*Su autor lo dedica, muy respetuosamente, al ciudadano*

*DOCTOR JOSÉ FERNÁNDEZ GUERRA.*

SEÑORES:

En las batallas del progreso y de la civilización contra las viejas ideas de la Colonia, y en los combates del pensamiento humano contra los errores del siglo, no hay que cederle ni una línea al enemigo.

Con iguales armas, y en idéntica posición militar, la victoria es del que enarbole el estandarte de la sana razón y de la luz en el campo de la moderna filosofía.

La libertad republicana es al pensamiento humano lo que el aire es al ruido, el vehículo del sonido; por fuertes que sean los golpes que demos sobre un metal precioso, si falta el aire, ó está enrarecido, nada oiremos; el eco estará mudo; sin aire no hay sonido y sin sonido no hay melodía.

Sin libertad republicana no hay glorias nacionales, y por consecuencia, la Patria desaparece ante nuestros ojos, como desaparecen en una tarde primaveral las nubes de oro que el sol baña, allá en el remoto confín del horizonte.

El pensamiento humano, en el orden físico y moral, es infalible, en el campo de la libertad republicana; sus dogmas son cánones sagrados del evangelio de la moderna filosofía, y sus atri-

butos son la penetrabilidad en los más íntimos secretos de la ciencia y del saber y la sola restricción que puede imponerle la transformación de la materia, en cumplimiento de preceptos inmutables á que está sujeto por ley natural.

Así como la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de su Creador, así tampoco el pensamiento humano, en su audaz y rápido vuelo al través de los espacios, no arrancaríá los secretos del misterio, ni haríá de lo imposible una realidad, si no tuviera el ejercicio absoluto de una libertad sin límites.

Hé aquí por qué, señores, cuando el anatema avasallaba al pensamiento humano, aquel mártir republicano de 1810, en su infatigable propósito de la emancipación de la Colonia; intrépido lidiador en los triunfos de la luz contra el error y las tinieblas; aquella lámpara de apacible y dulce claridad que alumbrará los siglos y será imperecedera, como es imperecedera la esencia infinita del grande Artífice del Universo; el proscrito, el conspirador, el prófugo de las prisiones de Africa; el héroe de Palacé, Calibó, Juanambú y Tacines, pagó, con once años de prisiones y vejámenes, la publicación *de los derechos del hombre*.

Hé aquí por qué cuando el pensamiento humano era amenazado por el rayo fulminante de excomuni6n, eran incompatibles la conciencia y la República. El estado más floreciente y de más perfecta civilizaci6n para un paíis, en aquella 6poca, era aquel en que toda idea de progreso y adelanto implicaba el *Inri* de la blasfemia; y el pensamiento humano, encerrado en su cárcel de carne, privado de libertad y atadas sus alas al poste de la esclavitud, no creyó entonces que llegaríá un día en que, fundido el hombre en el crisol de la República y emancipado del misticismo, pudiera someter los elementos de la naturaleza á su más blanda y dócil obediencia.

Hé aquí por qué cuando la astronomía, la física, la filosofía y las ciencias exactas germinan bajo el yugo de añejas preocupaciones, era el sol el que giraba al rededor de la tierra, y la aparici6n de un cometa presagiaba terribles amenazas de la cólera divina.

Desconocidos los mares en aquella 6poca, y su lecho tan sólo habitado por fieras y tiburones, no concebíá el espíritu humano que, redimido por la libertad del pensamiento, doblara la cerviz la onda altanera ante la nave que la surcara; que la superficie azul arrastrara orgullosa millares de palacios flotantes que llevaran consigo el germen del progreso y de la civilizaci6n; que el intrépido buzo descendiera al fondo del Océano y arrancara de su seno inmensos tesoros que inútilmente ocultaba, ni que mañana el Atlántico y el Pacífico, dóciles y obedientes á la voz de Lesseps

y unidos en estrecho y eterno abrazo, confundan sus olas, como se confunden en el cáliz de la flor el beso de la brisa y la perla de rocío que en su seno esconden.

¡ Salve Bolívar, Colón y Lesseps ! Vuestros nombres son el poema glorioso del cielo de nuestra libertad republicana.

Hé aquí por qué cuando el pensamiento humano era súbdito de injustificable fanatismo, la audaz locomotora, ante la cual no hay valla ni barrera, en su delirio y frenesí por salvar las distancias y multiplicar las horas y el tiempo, no cruzaba entonces las feraces comarcas de nuestra América, ni arrastraba sus ruedas los productos de diversos y variados climas, ni á los individuos de todas las razas y condiciones que pueblan el universo, ni su silbido prolongado, anuncio feliz de su veloz partida, era repetido por el eco de la selva virgen.

Entonces la corriente eléctrica, trasmisora del pensamiento y de la idea, no había sido aprisionada en la pila de Volta ; y la comunicación de las naciones y de los pueblos entre sí, se hacía de tiempo en tiempo, con la más perezosa lentitud.

La Instrucción pública y gratuita, columna de granito en donde descansan las sociedades, los pueblos y los gobiernos, no era entonces aquel foco de luz que irradia hoy en los planteles de educación.

Reducíase en aquel tiempo á enseñar al niño á encadenar las letras de su nombre y á titubear la lengua de Castilla.

Los derechos más preciosos del ciudadano ; la inviolabilidad de la vida humana, la libertad individual, la igualdad, el profundo respeto al propietario, la libertad absoluta del pensamiento, de palabra ó por escrito, la profesión libre, pública ó privada de la religión que á bien se tenga, &c., estaban á merced de una corona voluble y caprichosa, como es voluble y caprichosa la refracción de los rayos solares, interceptados por gotas de lluvia, en la formación del arco-iris.

Para conceder á la Nueva Granada el título de pueblo libre y soberano, tuvo lugar un gran cataclismo social y político.

La sangre coloreó las pampas de América ; las lágrimas subieron quince codos sobre el nivel de las más altas montañas, y el luto y la desolación llevaron su cortejo fúnebre desde el Oriente hasta el Poniente, y desde el Norte hasta el Septentrión.

Iniciadores de esta reforma universal fueron los conspiradores de 1771, los decanos del martirologio de la Patria : Galán, Alcantuz, Ortíz, Molina y compañeros mártires de aquella grandiosa apoteosis que pulverizó las cadenas que aherrojaban al pensamiento humano.

Secundaron su ejemplo los reos políticos de 1794, revelando á los pueblos los derechos que tenían y que ignoraban.

Brotó en seguida, del cielo y de la tierra, como brotan del firmamento las estrellas, toda esa pléyade deslumbradora de genios y de atletas que se inmoló en aras de la patria hasta 1816, y que á principios del siglo XIX llevó como trofeo de la victoria el estandarte de la República, desde las calcinadas arenas del Magdalena, Maracaibo y la Guayana, hasta las nieves del Chimborazo, y desde las crestas de Cuzco y Potosí, hasta las heladas cimas del Cotopaxi y del Pichincha, y desde las murallas de Cartagena y Puerto-Cabello hasta las fortalezas del templo del Sol.

También la mujer ocupa un trono de gloria en el coro celestial de los ángeles de la libertad. Ella, la obra más perfecta de la naturaleza y la más heroica y valerosa, á la par que sensible y débil, llevó también su óvolo de amor á la patria, á los campos de batalla.

Portentosas y homéricas hazañas ejecutaron Juana de Arco, Carlota Corday, Cleopatra y Catalina II en Francia, y Pola Salavarieta y Antonia Santos en Colombia.

La mujer, ese ángel de bondad y de dulzura, emblema de paz, de amor y de caridad; la que vela nuestro sueño y solícita cuida nuestra infancia, cuando con paso inseguro atravesamos la espínosa senda de la adolescencia; la que infunde valor al guerrero y desarma con su virtud al asesino; la que con sólo una lágrima que broten sus pupilas ó una sonrisa angelical que asome á sus labios, hace trepidar la fortaleza de un imperio y rendir á sus piés las coronas del poeta, las glorias del soldado y el cetro del monarca; ella también quiso ceñir las guirnaldas de la inmortalidad republicana, y envolverlas en las nubes de gloria que cubren el cielo de la patria.

A la cabeza de aquella brillante constelación de soles y luminares, radiante y majestuosa, cubierta con el manto del iris de la inmortalidad y de la gloria, se destacó la gallarda figura de Simón Bolívar, blandiendo su espada redentora, ténplada con el fuego de la libertad, que había jurado defender ante los ojos de la posteridad, desde el Orinoco hasta el Amazonas y desde el Táchira hasta el Carchi.

Los escudos de cien victorias descansan sobre su pecho de héroe; y el espacio en que giran los planetas y alumbra el sol, parece estrecho para contener las palpitaciones de su ardiente corazón.

En la hoja de su espada se leen los nombres de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Bomboná; triunfos más grandes y heroicos que las hazañas de Aníbal al escalar los Alpes y los Pi-

rinos para someter á Europa al imperio de Cartago y destruir el poderío de la reina del mundo : la patria de los Césares, de los Scipiones, de los Gracos, de Trajano y de Agripina ; más asombrosos que la conquista de Asia por Alejandro, y más extraordinarios que las proezas de Napoleón en las batallas de Sena, Austerlitz y de Marengo, en la sangrienta guerra contra Europa.

César, Napoleón y Washington no son más grandes que Bolívar.

Contemplad las glorias inmortales de aquéllos y las coronas de laurel que ciñen sus frentes, y encontraréis en las blancas páginas de la historia que caracteriza á estos genios ilustres, el baldón que pasiones mezquinas ó ambiciones depravadas imprimió en sus frentes.

Volved la vista hacia el cielo refulgente de las glorias imprecaderas de Bolívar, y no hallaréis una nube que empañe su pureza, ni un astro que vacile en enviar su luz al Padre de la libertad.

Como Mesías de la libertad, cumplió su misión de redimir á cinco pueblos hermanos de la más bárbara é injustificable de las ligaduras que pueden esclavizar á la raza humana.

Como Político, no tuvo otro móvil que el engrandecimiento de su patria, á la que amó siempre más que á sí mismo.

Como Estadista y hombre civil, implantó el régimen republicano-democrático en el corazón de sus libertados, y organizó gobiernos puros, hijos del sufragio universal, de todos y para todos.

Tuvo su Calvario en San Pedro Alejandrino ; la envidia y la traición tejieron la corona de espinas que desgarró sus sienas ; y envuelto en el sudario de la humildad y la pobreza, hizo su viaje á la eternidad, « *habiendo arado en el mar,* » como él decía.

No fueron los años ni las enfermedades las que troncharon su bendita existencia, fué el acero de la ingratitud el que abrió en pedazos su noble corazón.

¡ Es, señores, que las penas y sufrimientos morales que engendra la calumnia, arrancan la vida con más rapidez que el puñal envenenado del asesino !

Los tiempos han variado y con ellos las costumbres y las ideas. Se suceden unas generaciones á las otras ; aquí trepida un reinado ; allá florece una República, y las ciencias, las letras y las artes invaden á paso de gigante el campo que antes ocuparan la ignorancia y el error.

Sólo tú, libertad, no varías en tu divina esencia.

Oh ! cuán bella eres !

Tú eres la luz de la inteligencia y la nobleza del corazón,

Quien te conozca y te ame, te encuentra en el cáliz de la flor y en el verdoso follaje del árbol; en las cimas de las montañas y en las profundidades del abismo.

En toda manifestación del espíritu humano se revela tu magnificencia; y desde el reptil que por el suelo se arrastra, hasta el condor que al cielo se levanta, te rinden homenaje y te tributan admiración.

Vé, hija de Dios; vé, ilumina las inteligencias que á tu paso encuentres, con tus fulgores; despiértalas de su letargo; lanza sobre ellas rayos de tu fuego abrasador, para que penetrados todos del santo amor á la patria, hagamos votos para que la paz sea con nosotros, y para que no se borren de nuestra memoria los nombres de los mártires de 1810.